

pas, y todos los soldados, guiados por sus jefes, fueron embarcándose en lanchas y distribuyéndose en los buques.

La operacion duró cerca de media hora.

El caudillo presenció el embarque al lado del gobernador y de los personajes más notables de la colonia.

Las lanchas del navío almirante se acercaron á la orilla para conducirle á bordo.

—Jamás olvidaré, dijo Cortés al gobernador, las pruebas de adhesion y de afecto que me habeis dado. No se cuál es la suerte que la Providencia me depara: valor me sobra, y resignacion para sufrir tambien. Pedid á Dios que vuelva victorioso, ó que no vuelva nunca.

Pedro de Barba le tendió los brazos.

Al embarcarse resonaron grandes aclamaciones.

Todas las miradas se fijaron en el endeble barco que conducia al caudillo.

Poco despues resonó el cañonazo de leva.

Los buques comenzaron á hacer las evoluciones, y el sacerdote, desde la orilla, bendijo por última vez aquellas naves, que iban á difundir la luz del Evangelio en países donde reinaban las tinieblas de la idolatría.

Las naves partieron, y hasta que las perdió de vista, no se retiró la muchedumbre de la playa.

Poco á poco fueron desbaratándose los grupos, y una hora despues reinaba en la Habana una profunda tristeza.

—¡No volverán!

Esta era la frase que se oia en todos los labios.

¿Tenian motivos para creerlo así?

CAPITULO II.

Donde se ve cómo se empezó á sospechar la existencia de México.



La fe que animaba á los soldados de Hernan Cortés contrastaba singularmente con el temor que se habia apoderado de los ánimos, no solo en la Habana sino en toda la isla de Cuba.

No era una misma causa la que inspiraba aquel recelo, la que hacia mirar con pena la partida de aquellos buques.

Unos temian que el escaso número de soldados que llevaba Hernan Cortés diese por resultado una derrota.

Otros, los más, solo consideraban la esterilidad de la empresa, y veian con dolor que aquellos hombres no iban á perecer luchando con los habitantes de un país á quienes se proponian arrebatár su independenciam, sino luchando con las tempestades en medio del Océano, con la falta de víveres en las llanuras que iban á recorrer, con las enfermedades, con el desaliento.

Y como en aquellos tiempos apenas estaban pobladas las regiones conquistadas por los españoles, tenian naturalmente que condolerse de la partida de aquellos hombres, cuya vuelta no podian atreverse á esperar.

Para que el lector comprenda bien los verdaderos motivos de estas civilizaciones, es necesario que se haga cargo de cuál era el pensamiento y la actitud de los moradores europeos del Nuevo Mundo.

El inmortal Colon, impulsado por la inspiracion del génio, por el estímulo de la observacion y del estudio de la ciencia, creyendo hallar un derrotero para un país conocido de oidas, descubrió en medio de las soledades del Océano, primero la hermosa y fértil isla de Haiti, á la que dió el nombre de la *Es-*

pañola; después hizo ondear la bandera de España en Puerto Rico, entró en Jamáica, y obedeciendo á los impenetrables arcanos de la Providencia, dejó para otro hombre las conquistas más grandes y provechosas que podían hacerse en la vírgen América.

A su muerte sus enemigos desmayaron, la envidia, avergonzada del perdón, cedió su puesto á la justicia; y un rey ingrato y un pueblo indiferente, dieron al hijo del ilustre marino el premio que merecía su padre.

Devastadas por la codicia y el desenfreno de los que habían sucedido en el mando á Colon (Bobadilla y Ovando); devastadas, repito, aquellas tierras, en otro tiempo asilo de la paz y del bienestar, los dos hombres que sin otro deseo que el de destruir la obra del almirante habían sembrado la desolación y el espanto en la isla de Santo Domingo, fueron reemplazados á su vez por Diego Colon, el hijo mayor del ilustre descubridor del Nuevo Mundo; el cual, siguiendo en todo las tradiciones de su adorado padre, consiguió en breve tiempo regularizar la administración, organizar la sociedad, dar, en una palabra, á aquella fértil isla las condiciones indispensables para que pudieran vivir en ella, no solo los conquistadores, no solo los soldados, sino los colonos: para que pudiera establecerse la religión cristiana, la industria, el comercio, la administración, en una palabra, para que los soberanos de España recogiesen el fruto de aquel descubrimiento, cuya importancia no había podido todavía conocerse en Europa.

Un valiente caudillo que pasó á las Indias occidentales, como las llamaban entonces, con el gobernador Diego Colon, conquistó con muy escasas fuerzas todo ese vasto territorio que hoy conocemos con el nombre de la isla de Cuba.

La pobló en breve, y en prueba de sus últimos servicios, le confió el almirante su mando.

Diego Velazquez era ambicioso; pero no solo de riquezas, sino de gloria.

En aquella época, aunque buscaban oro los españoles en el Nuevo Mundo, estimaban mucho más su fama que sus ganancias.

Realizar un descubrimiento, era para cualquiera de aquellos capitanes que seguían las tradiciones de Colon, un triunfo que no lo hubieran cambiado por el lucrativo de favorito de un monarca.

Velazquez, hijo de una noble, pero pobre familia, había abandonado la metrópoli más ansioso de gloria que de fortuna.

Estos deseos le habían llevado á ser conquistador de la isla de Cuba.

Pero su valor, su energía, su amor á lo desconocido, todas las cualidades que habían hecho de él un guerrero y un conquistador, se habían amortiguado desde el momento en que la suerte le había elevado al primer puesto en aquellas regiones.

Ser gobernador en una de las colonias, era lo mismo que ser rey absoluto.

Si eran pocos los españoles que estaban á sus órdenes, tenía millares de indios, que no eran solo súbditos, sino esclavos del jefe de la colonia.

La fortuna acerca á los labios del hombre á quien favorece una copa para que libe en ella un verdadero narcótico.

Ved á los grandes guerreros de la antigüedad dormirse sobre sus laureles, entregarse en los brazos del placer, perder desde el momento en que llegan al apogeo todas las condiciones, toda la energía, todo el valor que les han ayudado á encumbrarse.

Y es natural.

El hombre que siente en su alma la ambición, y que se ve sujeto en la oscuridad, en la pobreza, rompe sus ligaduras y arrastra todos los peligros para realizar sus ensueños.

Pero desde el momento en que los realiza, desde que se ve colmado de honores, desde que encierra en sus arcas ricos tesoros, se despierta en él un inmenso amor á la vida.

Los peligros más insignificantes toman grandes proporciones á sus ojos; le estremece la idea de la lucha, las aventuras le horrorizan, y es que la idea de perder los gozos que posee enerva sus fuerzas; es que la fortuna, como dicen muy bien, unce á su carro á aquellos mismos á quienes favorece.

Diego Velazquez oyó desde el primer momento que no lejos

de la isla de Cuba habia países riquísimos, y aunque en su alma se despertaba la idea de salir á descubrirlos, de disponer expediciones para conquistarlos, una voz secreta resonaba en su corazon, y le decia:

—No pierdas lo que has conseguido; no abandones lo cierto por lo dudoso.

Y durmiendo sobre sus laureles, se contentaba con el tributo que los colonos y los indígenas le entregaban para ofrecerlo á la madre patria.

Pero las empresas que no se atrevia él á acometer, debian deseárselas, y las deseaban en efecto, otros soldados ménos favorecidos por la suerte.

Francisco Fernandez de Córdoba consiguió, no sin gran trabajo, fletar un buque y obtener el permiso del gobernador para seguir el derrotero que le indicaban y descubrir los países espléndidos de que tantas maravillas contaban los indígenas.

Aquella expedicion fué dosastrosa.

El jefe de ella descubrió el Yucatan: pero apenas desembarcó en aquel país, se vió obligado á trabar una lucha desesperada con sus naturales, y sucumbió en ella, pereciendo en aquel encuentro gran parte de los soldados que le acompañaban.

Los que pudieron trasladarse á bordo, regresaron contando aquel desastre.

Habia, pues, la evidencia de que existia un país, al parecer más rico que los que hasta entónces se habian descubierto.

Pero habia costado demasiado cara la primera prueba, para que Velazquez no se opusiese al deseo que se despertó en muchos de los que habian regresado, de volver en gran número á vengar los ultrajes que habian hecho á sus hermanos los moradores del Yucatan.

—No solo nos han maltratado, decian; no solo, valiéndose de la sorpresa y de nuestras escasas fuerzas, nos han asesinado vilmente. Podríamos renunciar á la venganza; pero entre ellos se han quedado algunos de los nuestros, los habrán martirizado; si viven aún sufrirán horribles tormentos. Por la gloria de la

patria, por el deber de salvar á nuestros hermanos, debemos volver á derrotar á esos miserables.

Para animar al gobernador y para excitar en los colonos de la isla de Cuba el deseo de acompañarlos de nuevo á la proyectada expedicion, mostráronles algunas joyas de oro que habian podido arrebatar á sus adversarios durante la pelea.

Pero Velazquez, que veia un súbdito ménos en cada español de los que se aprestasen á tomar parte en aquella empresa, empleó todos los medios para disuadirlos, dándoles á entender, apenas supo que la mayor parte de los objetos de oro que habian traído los expedicionarios habian sido encontrados en los adoratorios, que no debian poseer en abundancia aquel metal, puesto que le apreciaban tanto y le consagraban á sus ídolos.

Entre los expedicionarios habia ido un soldado que profesaba verdadero afecto á Velazquez.

Al notar su tenaz resistencia, le pidió una entrevista, y le manifestó que, á juzgar por el número de indios que habian salido á su encuentro, por la calidad de sus armas, por el aspecto de sus trajes, por las moradas en que vivian, debia ser aquel país uno de los más vastos y más adelantados de cuantos podian hallarse en el Océano.

Comunicó estas noticias el gobernador á un misionero confesor suyo que habia logrado dominarle, y éste despertó un tanto su ambicion.

—Si las noticias del soldado son ciertas, le dijo, si, como todos aseguran, ese país que no ha podido conquistar Fernandez de Córdoba, es tan espléndido y grandioso, en lugar vuestro intentaria su conquista. Al fin y al cabo, ¿qué sois aquí sino un gobernador, que tiene á otro gobernador por inmediato jefe? ¿No dependeis de Diego Colon? ¿Podeis por ventura entenderos directamente con los soberanos? Pensad que una nueva conquista, hecha, no por orden de un jefe, sino por vuestra propia

voluntad, con vuestros solos recursos, os elevaria á los ojos de los soberanos.

La codicia se despertó de nuevo en el alma de Velazquez.

Fray Benedicto, que así se llamaba el misionero, le exhortó de nuevo á que pensase en la conquista de Yucatan.

—No tengo ningun secreto para vos, dijo Velazquez; pero la idea de encontrar una muerte oscura, abandonando una pasion que me orgullece, me obliga á desistir de esa empresa.

—No es menester que vayais vos. Capitanes valientes teneis á vuestras órdenes que os obedecerán, y al fin y al cabo, si se logra el triunfo, tomando vos la iniciativa, la gloria redundará en vuestro provecho.

—Es cierto; pero ¿dónde hay un caudillo que despues de obtener el triunfo me le ofrezca?

—Hay hombres para todo el mundo. Buscad bien en torno vuestro, y hallareis la persona que necesitais.

—Los emprendedores, los valientes, están sedientos de gloria y de fortuna.

—Hay, sin embargo, á vuestro lado un hombre, que en mi concepto es el que necesitais.

—¿Quién?

—Vuestro pariente Juan de Grijalva.

—Es valiente, en efecto.

—Valiente y no conoce la ambicion; es ademas aguerrido, y os debe todo cuanto es.

—Cierto; nunca ha olvidado que conseguí arrancarle de las manos de la justicia, cuando en mal hora dió muerte en Búrgos al hermano de su adorada Beatriz.

—Ademas obtuvisteis su perdon, aprovechándoos de vuestra privanza con el virey, y de un momento á otro, casada doña Beatriz por poderes con Grijalva, vendrá á buscarle y á ofrecerle la felicidad que espera de su union.

—Pero por lo mismo que está enamorado, que solo vive pa-

ra esa mujer á quien ama tanto, no querrá abandonar la vida tranquila que aquí hace por una vida aventurera.

—El no desea gloria; pero la fortuna no viene mal a nadie, y mucho más cuando se quiere repartirla con una mujer á quien se ama. Ofrecedle en cambio de la conquista de ese país los medios de volver á España con su esposa, de vivir allí lejos del mundo, entregado á su amor, con la fortuna necesaria para que nada falte á su felicidad, y vereis á ese hombre, á quien hoy mata la impaciencia, dirigir la expedicion, luchar con el brío y volver á ofrecerlos, para que le ofrezcais á vuestra vez al monarca español, un nuevo tesoro.

Tanto insistió fray Benedicto, que al fin inclinó el ánimo de Velazquez á meditar en aquel proyecto.

Poco tiempo despues, Juan de Grijalva, con tres amigos suyos, soldados de probado valor, partió en tres bajeles con muchas más fuerzas que las que habia llevado Fernandez de Córdoba á la conquista del Yucatan.

Todos se dieron á la vela el dia 8 de Abril del año 1518.

Pocas personas supieron el objeto de aquella expedicion.